

NARRATIVAS FEMENINAS Y TRAYECTORIAS UNIVERSITARIAS EN TUCUMÁN: ENTRE LO PRIVADO Y LO PÚBLICO (1960-1970)

María Milagros Argañaraz¹

RESUMEN

El presente escrito recoge narraciones orales en primera persona de mujeres tucumanas que transitaban por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT) entre los años 1960 y 1970. Consiste en una aproximación a la temática a nivel local, donde se busca rescatar el relato singular, triangulado con documentos bibliográficos locales y nacionales. Se trata de un trabajo exploratorio e interpretativo basado en un análisis cualitativo. El principal eje de indagación fue la experiencia relatada por las entrevistadas sobre la vida universitaria, esto es: ingreso, permanencia y/o egreso. Ello derivó en consideraciones sociales, familiares y personales que atravesaban el “ir a la facultad” en aquellos años. Las trayectorias de las mujeres por la universidad tucumana en la década del 60 y 70, estuvieron atravesadas por múltiples aristas más allá de las aulas; durante los

¹ Psicóloga. Doctora en Psicología (UNT). Docente en la cátedra de Historia de la Psicología, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Especialista en Psicología clínica con niños, niñas y adolescentes (UNT-Cohorte 2016). Especialista en Estudios sobre las violencias por razones de Género contra las mujeres dictada por CLACSO (Cohorte 2021). Investigadora integrante del proyecto PIUNT Encierro y salud mental en Tucumán. Subjetividad, género y clase social financiado por Secretaría de Ciencia, Arte e Innovación Tecnológica de la UNT (2023-2026). Universidad Nacional de Tucumán (UNT) / CONICET. Correo electrónico: milagrosar.psic@gmail.com ORCID <https://orcid.org/0000-0003-4665-6294>.

Fecha de presentación del artículo: abril de 2026.

testimonios emergieron referencias al ejercicio de la sexualidad, al uso de la píldora anticonceptiva, a los discursos religiosos y referencias a los activismos sociales de aquellos años.

Palabras clave: Narrativas, Mujeres, Universidad, Tucumán.

ABSTRACT

This paper compiles first-person oral narratives from women in Tucumán who experienced university life at the National University of Tucumán (UNT) between 1960 and 1970. It offers a local perspective on the topic, seeking to recover individual accounts, triangulated with local and national bibliographic documents. This exploratory and interpretive work is based on qualitative analysis. The main focus of the inquiry was the women's own recounted experiences of university life: their entry, time spent there, and/or graduation. This led to social, familial, and personal considerations surrounding "going to university" during those years. The trajectories of these women at the University of Tucumán in the 1960s and 70s were shaped by multiple facets that extended far beyond the classroom. During the testimonies, references emerged to the exercise of sexuality, the use of the contraceptive pill, religious discourses, and references to the social activism of those years.

Keywords: Narratives, Women, University, Tucumán.

INTRODUCCIÓN

El presente escrito recoge narraciones en primera persona de mujeres tucumanas que transitaron la vida universitaria entre los años 1960 y 1970 en la provincia de Tucumán, Argentina. Se trata de un trabajo exploratorio e interpretativo que busca conocer las trayectorias universitarias de estas mujeres: ingreso, permanencia y/o egreso. Es

una aproximación a la temática que recupera testimonios evocados por dichas mujeres, analizados a la luz de otros estudios realizados a nivel local (Garrido et al., 1995; Nassif, 2013; Pucci, 2012) y nacional — algunos también basados en testimonios de mujeres— (Barrancos, 2007; Brown, 2016; Felitti, 2002; Fernández, 1993; Jelin, 1999; Oberti, 2017; Ramacciotti y Biernat, 2013).

Desde la Nueva Historia (Burke, 2000), la Antropología Cultural y la Epistemología Feminista (Haraway, 1998), se sostiene la oralidad como fuente epistemológicamente legítima para las Ciencias Sociales y las Humanidades (Contreras, 2018). Este escrito comprende al testimonio como una forma de relato que no consiste solamente en un intercambio entre un sujeto que requiere información y otro que la brinda, principalmente, en términos de portavoz de una verdad sobre un hecho vivido, sino que es, ante todo, una situación de transmisión (Skura, 2017).

Se analizaron cuatro entrevistas semiestructuradas a mujeres que transitaban la universidad entre los años 1960 y 1970. Tres de ellas fueron estudiantes en la carrera de Psicología y una de Abogacía, todas de la UNT. Una de las características en común de las mujeres entrevistadas fue su pertenencia al sector socioeconómico de clase media de aquella sociedad moderna; las entrevistadas se recibieron de maestras en el magisterio y luego ingresaron a la universidad pública para realizar distintas carreras profesionales. Algunas pertenecieron a sectores conservadores y otras fueron militantes humanistas. Resulta interesante rescatar estas narrativas diversas sobre los múltiples trazos sociales, políticos y discursivos que coexistieron en la misma época y que, a su vez, son creadoras de sentidos sociales y subjetivos.

Durante las entrevistas, las participantes evocaron recuerdos de su vida personal, articulándolos de manera constante con su inscripción en la esfera pública. El intersticio entre lo personal y lo político, lo íntimo y lo público atravesó las narrativas. Los testimonios presentan referencias al ejercicio de la sexualidad, a los lugares de paseos

públicos y salidas sociales, a modos de cortejo, a los medios de comunicación (radio, revistas, televisión), a los discursos religiosos y a la vida como activistas sociales de los años sesenta y setenta. A su vez, en el discurrir del relato, los aspectos referidos a la planificación familiar, con la llegada de la píldora anticonceptiva, estuvieron enlazados a aspectos referidos a la vida universitaria y el ejercicio de una profesión.

EL FEMINISMO DE LA SEGUNDA OLA: LO PERSONAL ES POLÍTICO

A partir de la segunda mitad del siglo XX comenzó a desarrollarse la llamada segunda ola del feminismo en los países occidentales centrales, denominada también feminismo de la diferencia, en contraposición a las reivindicaciones de la primera ola que eran identificadas como feminismos de la igualdad. La conquista por el sufragio lograda por las feministas de la primera ola fue un avance simbólico y necesario; sin embargo, advirtieron que el problema de la desigualdad sexo-genérica no terminaba allí, sino que, por el contrario, eran necesarias otras transformaciones estructurales del sistema patriarcal (Barrancos, 2023). Por ello, el feminismo de la segunda ola puso el acento en el cuerpo y la sexualidad como lugares en los que se anuda la diferencia sexual y el dominio patriarcal sobre las mujeres a partir de la ecuación mujer=esposa y mujer=madre (Barrancos, 2014; Brown, 2016; Felitti, 2011; Fernández, 2021; Jelin, 2020).

Las feministas de este momento acuñaron el lema «lo personal es político» para instalar en el espacio público asuntos como la sexualidad, el aborto, las violencias domésticas, los afectos y las experiencias subjetivas. El acento se puso en la apropiación o reapropiación del cuerpo (Brown, 2016). Para estas feministas, era la anatomía sexual lo que había configurado el destino de reclusión doméstica para las mujeres como grupo social (Maffia, 2006). El

control del cuerpo, que incluye la capacidad de las mujeres de decidir sobre él, fue visto como el elemento que permitiría la emancipación, puesto que este era el punto nodal donde se asentaba el dominio patriarcal. Revolución sexual, amor libre, píldoras anticonceptivas y aborto legal fueron las banderas del momento. Los cuerpos y las sexualidades ocuparon el centro de la escena; lo que se buscó fue separar la sexualidad de la reproducción como destino biológico para las mujeres (Rosenberg, 1997). Tarducci (2012) explica que los feminismos de la segunda ola politizaron la vida cotidiana; es decir, las cuestiones que antes eran consideradas del orden de lo íntimo adquirieron dimensión pública. Así, temáticas sobre los vínculos interpersonales, los aspectos de la sexualidad o de las violencias familiares pasaron a ser considerados problemas políticos que requieren y demandan respuestas estatales.

Brown (2016) explica que es a partir del ingreso de las mujeres a la vida pública y académica, con el ingreso masivo de las mujeres en las universidades, que el feminismo de la diferencia comienza a indagar sobre las causas y mecanismos de opresión de las mujeres. No se trataba solo de visibilizarlas como copartícipes de la historia, sino también, de entender los motivos de su exclusión. Es en esta dirección que la categoría patriarcado cobra relevancia como unidad de análisis. Kate Millett, en su texto *Política sexual* (1970) —entre otras autoras— ofrecerá fundamentos a este posicionamiento.

Es a partir del feminismo de la segunda ola que el término patriarcado adquiere relevancia en tanto categoría analítica en las Ciencias Sociales. Es definido como un sistema simbólico y político que estructura las relaciones humanas jerarquizando las características masculinas por sobre las femeninas, las objetivas sobre las subjetivas, lo público sobre lo íntimo, las tareas productivas por sobre las reproductivas y de cuidado, y lo humano sobre la naturaleza. Es decir, establece un sistema de valores opuestos y jerárquicos. De esta forma, el varón (blanco, de clase alta y cisheterosexual) es quien queda

posicionado por encima de otras categorías sexogenéricas y, por ende, es quien tiene y ejerce el poder (Friedan, 1963; Millett, 1970; Rubin, 1986).

Es a través de la socialización, del aprendizaje en la esfera doméstica, en las escuelas, en los credos religiosos, en los ámbitos laborales, en las universidades y en todos los dominios donde transcurre la vida cotidiana, y no necesariamente por imposición coercitiva, que el poder patriarcal se sostiene, se reproduce y se naturaliza; por ende, no se cuestiona. El patriarcado, como sistema simbólico, se ha ido colando en todas las esferas de la vida cotidiana, transformándose históricamente según el clima de época; es decir, adquiriendo nuevos ropajes de camuflaje para perpetuarse en el poder y producir subjetividades (Córdoba, 2018).

TUCUMÁN: VIDA SOCIAL, POLÍTICA Y UNIVERSITARIA EN LOS AÑOS 60 Y 70

Durante las décadas de 1960 y 1970, se registraron en Tucumán una serie de cambios sociales y culturales que se inscriben en el proceso de modernización que se dio en el país —y también a nivel internacional— en medio de un clima de efervescencia política, juvenil, progresiva crisis del modelo económico y transformaciones en los roles de género y pautas de moral sexual. Las mujeres estuvieron en la escena protagónica de estos cambios, en especial las jóvenes de los sectores medios, que tuvieron la oportunidad de moderar las aún rígidas estructuras familiares y escolares en lo que respecta al valor de la virginidad femenina, el matrimonio y la maternidad (Brown, 2016).

La sociedad tucumana presentaba sus particularidades y diferencias respecto a la cosmopolita Buenos Aires (Brown, 2016; Felitti, 2014; Ramacciotti, 2013). En la provincia del norte coexistían hacia los años sesenta sectores conservadores fuertemente religiosos que buscaban preservar valores tradicionales como la familia, las relaciones sexuales

exclusivamente matrimoniales, la mujer como ama de casa en rol de esposa y madre; a la vez que sectores progresistas permeables a las transformaciones de la época, con una recepción más amplia de acontecimientos internacionales como la Revolución Cubana, el Mayo Francés y de la segunda ola feminista.

Tucumán ya era por aquellos años polo universitario de las provincias del norte y presentaba un crecimiento demográfico acelerado por migraciones de las provincias vecinas. El cierre de los ingenios azucareros hacia 1966 implicó nuevas migraciones del campo a la ciudad, aumento de la desocupación y fortalecimiento de la lucha obrera a través de huelgas y movilizaciones (Nassif, 2015). Tucumán representó un polo de desarrollo cultural en el NOA ya que, además de promover el fomento de actividades culturales, había sido la primera provincia en contar con una universidad nacional en la región (Nassif, 2013). El sector artístico, fuertemente politizado, era la expresión visible del lado más vanguardista tucumano. Una de las expresiones emblemáticas es la muestra *Tucumán arde*, replicada en provincias como Buenos Aires, Córdoba y Rosario.

Garrido (1998), en una investigación local, explica que durante las décadas de 1940 y 1950 comienza a registrarse el ingreso de las mujeres en facultades como Abogacía, Arquitectura u Odontología de la UNT. Sin embargo, es en la década de 1960 que las mujeres invadieron la universidad tucumana, produciéndose la incorporación masiva, continua y progresiva de estas. En 1960, las mujeres representaban el 37,4 % del total de los matriculados/as, hacia 1970 el porcentaje ascendió a 45,1 % y para 1994 al 55,7 %. En 1985 se registra un total de 1225 egresados/as para el conjunto de la Universidad, de los cuales 613 eran mujeres.

Algunas de las narrativas escuchadas a través de las entrevistas localizan el ingreso a la universidad pública como un valor puesto en la voluntariedad o el deseo propio de las mujeres en realizar una carrera profesional:

“las madres de esa época consideraban que la única tarea digna de una mujer era ser maestra, después si querías estudiar otra cosa podías hacerlo, pero sino siendo maestras ya podías tener una salida laboral bien vista” (*G. 85 años, abogada*).

Las entrevistadas acuerdan en que la decisión de sostener los estudios universitarios conllevó la asunción de cierta sobrecarga en sus roles tradicionales de mujer, madre, esposa. Una de ellas expresó: “A pesar del ingreso de la mujer en el ámbito universitario, las responsabilidades de la casa, del cuidado y la reproducción recaían en la mujer” (*P. 86 años, Psicóloga*). También hicieron referencia a altas tasas de deserción una vez que contraían matrimonio y/o llegaban los hijos. “Fuimos una generación que conjugaba el querer tener hijos, el querer militar, el querer estudiar, trabajar, muchas ganas de hacer de todo y querer hacerlo bien. Cómo una exigencia de mucho movimiento” (*L. 81 años, Psicóloga*).

El salto que dieron las mujeres de los sectores medios en aquel entonces fue cualitativo y veloz, pasando del magisterio, habitado por otras mujeres, a la universidad, habitada mayormente por hombres. Si bien no había restricción de matrícula, es posible pensar en barreras simbólicas que hacían más complejo el sostenimiento de la carrera y la posterior inserción laboral para estas mujeres, quienes debían resolver la ecuación singular de mujeres-amas de casa y mujeres-profesionales (Fernández, 1993). Las entrevistadas plantearon ciertas diferencias de exigencias con respecto a sus compañeros varones, sobre todo en las calificaciones de exámenes o al momento del ingreso en el mundo laboral, donde el privilegio se posicionaba en ellos.

Es importante establecer diferencias de clases sociales en los modos de construir sentidos. Las mujeres entrevistadas reconocen su pertenencia a sectores medios de la sociedad; fueron las nietas de los inmigrantes quienes ingresaron en la universidad. Para la mayoría de las mujeres de sectores populares y rurales de la provincia, su entrada

a la universidad ocurrió tiempo después. Por su parte, las mujeres de clase alta mantenían un círculo de élite exclusivo y cerrado. Era el sector que perpetuaba los valores tradicionales de la mujer dentro del hogar, ocupada en su rol de esposa y ama de casa, lo cual también limitaba el ingreso a la universidad pública a pesar de contar con los recursos económicos.

Uno de los testimonios refiere:

“Las mujeres de la clase alta se reunían entre ellas, sin posibilidad que nadie ingrese. Las señoritas de la clase media íbamos al cine los domingos por la tarde y luego íbamos a dar un paseo en la calle Laprida, hacia la plaza Independencia. Las mujeres caminábamos, nunca solas, siempre con las amigas/hermanas/primas. Los varones estaban parados y miraban. Eran formas de cortejo” (G. 85 años, *abogada*).

Es posible considerar que los estereotipos de géneros operaron como barreras simbólicas para el reconocimiento pleno de las mujeres en tanto universitarias y profesionales. Una de las entrevistadas expuso:

“En abogacía era muy difícil el ejercicio profesional siendo mujer. Los clientes recurrían mayormente a abogados varones porque los consideraban más duros o fuertes a la hora de enfrentar conflictos legales. Creo que por eso me dediqué al fuero civil, para realizar sucesiones o divorcios, el fuero penal era exclusivo de hombres” (G. 85 años, *Abogada*).

LAS MUJERES EN LA CARRERA DE PSICOLOGÍA DE LA UNT

Algunas de las mujeres entrevistadas fueron pioneras en sus carreras. La carrera de Psicología de la UNT tuvo su inicio en 1959, con una mayoría de mujeres inscriptas (Dagfal, 2009). La misma se dictó en la

Facultad de Filosofía y Letras de la UNT, con lo cual había muchas materias en común con otras carreras de dicha facultad. En términos institucionales, la carrera atravesó diversas etapas hasta consolidarse como unidad académica autónoma. Luego de funcionar durante décadas dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1987 se creó la Escuela Superior de Psicología, lo que implicó un mayor grado de autonomía organizativa. Finalmente, en 1994, esta estructura dio lugar a la actual Facultad de Psicología de la UNT, formalizando un proceso de institucionalización que había comenzado décadas atrás. En Tucumán, esta transición estuvo fuertemente influida por tradiciones previas de psicotecnia y orientación profesional, lo que otorgó a la formación inicial un carácter híbrido entre lo clínico, lo educacional y lo laboral.

Al crearse la carrera de Psicología, las tensiones con los psiquiatras se incrementaron; el campo de la salud mental significó un terreno en disputa entre psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos/as. Así, las primeras egresadas en Psicología que se insertaron en los espacios públicos de salud tuvieron más bien un papel técnico, de ayudantes del médico. La hegemonía disciplinar y de género —en su mayoría médicos varones— se vio interpelada por las nuevas psicólogas, en su mayoría mujeres jóvenes (Dagfal, 2009). Una de las entrevistadas expresó:

“En el año 56 es mi ingreso a la facultad de Filosofía, a la carrera de Psicotecnia y Orientación profesional. En primer año teníamos la materia Anatomía, que se dictaba en la Facultad de Medicina, pero para poder entrar, nos juntábamos antes y entrábamos juntas, todas mujeres, porque si no, los estudiantes de medicina, en su mayoría varones, nos decían piropos que hoy son visto como acoso sexual, y nos hacían bromas sobre que no íbamos a poder cursar, o que volvamos a nuestra casa o que la psicología no era ciencia como la medicina” (*L. 81 años, Psicóloga*).

La creciente presencia de mujeres en el campo psicológico ha sido frecuentemente interpretada en relación con la asignación cultural del cuidado, la escucha y la empatía como atributos “naturales” de lo femenino. Esta asociación no solo operó como un mecanismo de legitimación del ingreso de mujeres a la disciplina, sino que también contribuyó a delimitar los tipos de prácticas consideradas más “adecuadas” para ellas, reforzando una segmentación interna del campo profesional. Asimismo, el desarrollo histórico de la práctica clínica, especialmente en su modalidad privada, favoreció la incorporación de mujeres al permitir formas de ejercicio profesional compatibles con las exigencias sociales vinculadas al ámbito doméstico. La posibilidad de instalar consultorios en el propio hogar o de organizar horarios flexibles constituyó un factor relevante en contextos donde la participación femenina en el mercado laboral estaba mediada por responsabilidades familiares y mandatos de género persistentes. Lejos de ser un dato menor, esta condición evidencia cómo las configuraciones materiales del trabajo profesional se entrelazan con las expectativas sociales sobre la feminidad.

Por otra parte, la temprana vinculación de la psicología con la educación y el desarrollo infantil reforzó su asociación con lo materno. La intervención sobre la infancia —ya sea en ámbitos escolares, clínicos o comunitarios— se inscribió en una matriz simbólica que posicionaba a las mujeres como sujetas privilegiadas para estas tareas, en tanto extensiones de su supuesto “instinto” de cuidado. Desde una perspectiva crítica, esta construcción puede leerse como parte de un proceso de feminización que, si bien amplió las oportunidades de inserción profesional para las mujeres, también reprodujo jerarquías de género al mantener la desvalorización relativa de aquellas áreas vinculadas al cuidado frente a otros campos considerados más “técnicos” o prestigiosos.

En diálogo con los aportes de la historia crítica de la psicología, especialmente en la línea de Kurt Danziger, es posible problematizar

estas configuraciones como productos históricos situados, antes que como derivaciones naturales de disposiciones individuales. A su vez, las epistemologías feministas han señalado que la feminización de ciertas profesiones no implica necesariamente una transformación de las estructuras de poder que las organizan, sino que muchas veces coexiste con formas persistentes de desigualdad, como la menor valoración económica, la segregación horizontal y vertical, y la invisibilización de aportes teóricos realizados por mujeres.

En este sentido, a pesar de los esfuerzos, voluntariedades subjetivas y logros puestos en estudios superiores, en muchos casos las mujeres continuaron orientando su educación universitaria hacia aquellas carreras en las que se podría prolongar en el ámbito público, los roles sociales tradicionalmente asignados a las mujeres (Garrido, 1993).

LA PLANIFICACIÓN FAMILIAR COMO LLAVE DE ENTRADA A LA VIDA UNIVERSITARIA: LA LLEGADA DE LA PÍLDORA ANTICONCEPTIVA

Las voces de las mujeres entrevistadas confluyen en plantear que la llegada de la píldora anticonceptiva a Tucumán significó la posibilidad de planificar la reproducción familiar, ya que la anticoncepción no quedaba totalmente del lado de los varones con el uso del preservativo masculino. Esto favoreció que muchas mujeres detuvieran la reproducción familiar en pos de ingresar y sostener sus estudios universitarios. Aun así, quienes hacían uso de la píldora, en su gran mayoría, eran mujeres casadas que ya habían sido madres y, en segundo lugar, su uso era por indicación ginecológica. Es decir, mujeres que ya tenían hijos/hijas, pero podían regular y tomar decisiones con respecto a ocupar otros roles sociales no exclusivamente ligados a la maternidad (Argañaraz, 2021).

Las mujeres entrevistadas mencionan que las pastillas eran de venta libre en las farmacias, pero no había información disponible en los

centros de salud, radios, revistas o en la televisión. Las entrevistadas expresaron que se trataba de información del «boca en boca» entre amigas o compañeras, y que el principal tema de debate eran los efectos secundarios que el uso de las píldoras podría traer: aumento de peso, cambios de humor y alteraciones hormonales, entre otros.

Es posible observar algunas diferencias entre los sectores más conservadores y religiosos con respecto a los sectores militantes y progresistas en relación al uso de la píldora en relaciones sexuales por fuera del matrimonio, aunque todas las entrevistadas coinciden en señalar que no era frecuente hablar de la sexualidad en términos de placer. En el primer caso, este tipo de vinculaciones era muy juzgado por la mirada social, donde las relaciones sexuales estaban estrechamente ligadas a la reproducción. Una de las mujeres expresó: «Por más que estaba la píldora, las costumbres no habilitaban su uso para el placer sexual sin fines reproductivos». Otra entrevistada dijo: «algunas mujeres no contaban a nadie que estaban tomando anticonceptivos, menos aún al marido; así podían correrse del rol exclusivo de madre y ensayar otros roles como ser estudiantes universitarias». En el segundo caso, se evidencia mayor permeabilidad hacia prácticas sexuales múltiples bajo la idea de amor libre, y con una mayor apropiación del placer sexual femenino. No obstante, las tensiones de la época también se manifestaban en la persistencia de ciertas estructuras tradicionales. Al respecto, una de las mujeres entrevistadas explica: «Estaba la novia formal con la que el hombre no tenía relaciones, con la que se iba a casar y de la que estaba enamorado; pero era con otra con la que tenía relaciones».

Otro de los testimonios sostiene:

“Si bien la píldora ya había llegado a Tucumán, algunos círculos conservadores, no lo admitía para su uso “libre” en tanto relaciones sexuales libres, te diría que recién hacia los 80, luego de la vuelta a la democracia, la rigidez de la

sociedad fue cambiando, la moral social fue cambiando”
(*G. 85 años, abogada*).

Las entrevistadas expresaron que en los debates políticos no se incluían reivindicaciones sobre cuestiones de género. Esto coincide con lo señalado por Sepúlveda (2010), quien sostiene que las mujeres de sectores militantes consideraban ya obtenidas para sí situaciones de igualdad con respecto a los varones —por ejemplo, en el acceso a la universidad— y amplias diferencias con respecto a la representación de la mujer ama de casa de la década de 1950. De esta forma, las reivindicaciones eran de carácter social más amplio, contra el capitalismo y la opresión hacia los sectores populares. Una de las entrevistadas expresó: «No hablábamos de feminismo en esos términos, son cosas que fueron apareciendo después, a la vuelta de la democracia, junto con las luchas por los derechos humanos»; mientras que otra señaló: «La apropiación del cuerpo y de vinculación con el placer separada de la reproducción comenzaron a pensarse a la vuelta de la democracia, donde el cuerpo adquirió otro símbolo social».

La ocupación de aquellos lugares públicos promovió nuevas formas de socialización, intercambios y empoderamiento femenino. En los sectores militantes, la asamblea era un momento de encuentro político y amoroso. La pareja militante incluía el compromiso amoroso y, a la vez, con una causa compartida (Cosse, 2010). Sin embargo, a medida que la década fue transcurriendo, las reuniones en este sector fueron pasando a la clandestinidad por causa del terrorismo de Estado que se instaló en la provincia y en el país desde el año 1974. La represión y la dictadura militar dejaron huellas en el cuerpo social, en el cuerpo y en la sexualidad femenina (Jelin, 2012).

El ingreso de las mujeres en la universidad también implicó la apertura a otros discursos y otros modelos sociales; fue una forma de pase de la esfera privada a la esfera pública. Una de las mujeres manifestó:

“El psicoanálisis trajo mayor apertura a poner la sexualidad en el discurso público, escuchar hablar de sexualidad en el aula era inquietante y desafiante para nosotras como jóvenes mujeres” (*P. 86 años, Psicóloga*).

Nassif (2013), plantea que el arribo del psicoanálisis y la consolidación de la psicología social produjeron un fuerte impacto cultural y sirvieron para encarar los cambios que se estaban produciendo en la moral sexual. La mayor libertad que proponían estas transformaciones iba desde la elección del uso de la píldora anticonceptiva hasta la adopción de las minifaldas y el pelo largo. Todos estos elementos producían fastidio a los sectores más conservadores de la sociedad.

La llegada de la píldora habilitó nuevas formas de vivenciar la sexualidad, que no sean estrictamente relacionada a la reproducción, ni al matrimonio. Fue una revolución en tanto habilitó una pregunta sobre la sexualidad femenina y luchar en contra de su asociación con lo pecaminoso y lo prohibido. Pero, tal como lo plantea Felliti, fue discreta porque se mantuvo la centralidad de la pauta heterosexual, la estabilidad de la pareja y de la sexualidad unida a la afectividad.

Los cruces entre la vida íntima, privada de las mujeres y su participación en espacios públicos como la universidad estuvieron permanente interconectados. El acceso de las mujeres a la educación estuvo íntimamente relacionado a factores económicos, sociales y políticos, aunque también atravesado por los roles sociales asignados históricamente a las mujeres.

REFLEXIONES FINALES, A MODO DE CONCLUSIÓN

Las narrativas analizadas permiten comprender que el ingreso de las mujeres tucumanas a la universidad durante las décadas de 1960 y 1970 no constituyó un proceso lineal de emancipación, sino una

experiencia atravesada por tensiones, negociaciones y ambivalencias. Lejos de representar una ruptura absoluta con los mandatos tradicionales de género, la incorporación a la vida universitaria implicó, en muchos casos, una reconfiguración de dichos mandatos en nuevas condiciones históricas.

En este sentido, el acceso a la educación superior aparece simultáneamente como una apertura de oportunidades y como un espacio donde persistieron desigualdades estructurales. Las mujeres no solo debieron sostener trayectorias académicas en contextos mayoritariamente masculinos, sino también gestionar la superposición de roles asociados al cuidado, la vida doméstica y la maternidad. Esta doble exigencia evidencia que la ampliación de derechos no implicó necesariamente una redistribución equitativa de responsabilidades.

Asimismo, los relatos ponen de manifiesto que la expansión de la vida pública femenina —a través de la universidad, la militancia y los espacios de sociabilidad— estuvo profundamente imbricada con transformaciones en el orden de la intimidad. En particular, la posibilidad de planificación familiar mediante el uso de la píldora anticonceptiva operó como una condición clave para sostener proyectos educativos y profesionales. Sin embargo, esta herramienta no supuso una liberación plena de las normas sociales, sino que se inscribió en un entramado de regulaciones morales, silencios y desigualdades en el acceso a la información.

Por su parte, la feminización de ciertas carreras, como Psicología, revela cómo los procesos de inclusión de las mujeres en el ámbito universitario estuvieron acompañados por mecanismos de segmentación profesional. La asociación entre lo femenino y el cuidado contribuyó a legitimar su presencia en determinados campos, al tiempo que limitó su reconocimiento en otros espacios considerados de mayor prestigio o autoridad.

En suma, el análisis de estas trayectorias de mujeres universitarias permite problematizar la idea de progreso lineal en materia de derechos.

BIBLIOGRAFÍA

Argañaraz, M. (2022). Construcciones en torno a las subjetividades femeninas: Relatos sobre la llegada de la píldora anticonceptiva a Tucumán (1960–1970). *Temas de Mujeres*, 17(17), 4–14. <http://ojs.filo.unt.edu.ar/index.php/temasdemujeres/article/view/496>

Bacci, C., Capurro Robles, M., Oberti, A., & Skura, S. (2014). Entre lo público y lo privado: Los testimonios sobre la violencia contra las mujeres en el terrorismo de Estado. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, (1).

Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina: Una historia de cinco siglos*. Sudamericana.

Brown, J. (2004). Derechos, ciudadanía y mujeres en Argentina. *Política y Cultura*, (21), 111–126.

Brown, J. (2014). *Mujeres y ciudadanía en Argentina: Debates teóricos y políticos sobre derechos (no) reproductivos y sexuales (1990–2006)*. Teseo.

Brown, J., Pecheny, M., Gattoni, S., & Tamburrino, C. (2013). Cuerpo, sexo y reproducción: La noción de autonomía puesta en cuestión: La cuestión del aborto y otras situaciones sensibles. *Revista Latinoamericana de Investigaciones sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, (12), 37–49.

Cosse, I. (2009). Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: De la mujer doméstica a la joven “liberada”. En I. Cosse et al., *De minifaldas, militancias y revoluciones: Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Luxemburgo.

Cosse, I., Felitti, K., & Manzano, V. (Eds.). (2010). *Los '60 de otra manera: Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Prometeo.

Felliti, K. (2006). El debate médico sobre anticoncepción y aborto en Buenos Aires en los años sesenta del siglo XX.

Felliti, K. (2012). *La revolución de la píldora*. Edhasa.

Felliti, K. (2017). En sus propias palabras: Relatos de vida sexual y (no) reproductiva de mujeres jóvenes mexicanas durante las décadas de 1960 y 1970. http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S021195362018000200003

Fernández, A. M. (1993). *Las mujeres en la imaginación colectiva: Una historia de discriminación y resistencias*. Paidós.

Garrido, H. B. (1998). Ser universitaria en Tucumán: Las relaciones sociales en el espacio universitario. *Temas de Mujeres*.

Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria* (2.^a ed.). IEP.

Moyano, S. A. (2017). Familia y relaciones de género en Córdoba (1960–1970): Notas sobre las desigualdades en el ámbito familiar.

Nassif, S. (2015). Tucumán en el Mayo Argentino del '69. *Revista digital de la Universidad Nacional de Rosario*. <http://hdl.handle.net/2133/18111>

Pucci, R. (2012). *Pasado y presente de la Universidad de Tucumán*. Lumiere.

Scott, J. (2000). Historia de las mujeres. En P. Burke, *Formas de historia cultural* (pp. 59–88). Alianza.

Sepúlveda, P. G. (2015). *Mujeres insurrectas: Condición femenina y militancia en los 70*. Universidad Nacional de Quilmes.